

LO POPULAR, MODERNO Y CLASICO, EN EL SANTO REINO

Gracián Quijano

Consejero de número del Instituto de Estudios Giennenses

LA provincia de Jaén está enclada como una cuña, entre el senequismo de Córdoba la Sultana, honda, señorial, cristiana y sensual, y la Mancha, seca, escueta, cuna del grande y famoso libro del caballero don Alonso Quijano: Ese libro de caballería andante, que creció con el tiempo y perdurará a través de los tiempos. Dos hitos que se alzan como dos columnas para darle guardia de honor al Santo Reino de Jaén. Y estas que yo llamo inmortales columnas, son Séneca y Don Quijote de la Mancha. Córdoba y la Mancha, dándose la mano en abrazo de fraternidad y de cultura. Dejando un ramalazo de sabiduría árabe y de una filosofía equilibrada y serena.

En esta Andalucía nació el «cante jondo» y, como compañera o acompañante, la guitarra, en contra canto al «cante grande» y al «cante chico», desgranándose como el surtidor de una fuente, al cobijo de un patio recoleto y silencioso, que huele a jazmines, «dama de noche» y azahar, teniendo la gallardía de dos colores genuinamente andaluces. El blanco de sus casas encaladas, y el verde de sus trigales, cimbreantes como talle de mujer.

Y aquí entra lo popular. Juanito Valderrama, pequeño, de ojuelos chispeantes, que se crece en el tablao para decir sus coplas, pesares como cadena de forzados; alegrías recordando noches de amor; o desengaños como llanto de angustia sin lágrimas. Sentimiento que nace en la honda raíz de una raza que tiene entronques de celtas, iberos, fenicios, griegos, visigodos y romanos, con el toque de armonía meditativa de los árabes,

que tanto saben de nostalgias y sentimientos. Esta raza con mezcla, que se pule y se afina a través de los siglos, se decanta y se cincela, para cuajar en la impar idiosincrasia de un pueblo que ríe, llora, padece, siente y pena por una mujer, se llame madre, novia, amante o amiga. Que pelea, goza y mata, para mirarse después en el espejo claro de unos ojos negros, verdes o azules.

Este cante nuestro, que no se aprende más que en la sutil academia del corazón, y que no pueden fijarse sus medios tonos, su semi-tonos en notas de pentagrama porque salen como un agua artesiana del fondo del alma, cuando el sentimiento ese minero del corazón, da con la vena limpia de unas soleares, de unos martinets, de unas cañas, de peteneras y araoras, alegría o nanas emotivas y susurrantes para ese eterno niño dormido que, aunque seamos viejos, siempre tenemos acunado en el corazón.

Querer explicar el «cante» es como querer desentrañar la esencia prima del amor y la respuesta sentenciosa de ¿por qué nace?, ¿de qué se alimenta?, ¿de dónde arranca?, ¿cómo se sostiene? y ¿por qué se muere? Porque se eriza la piel en un escalofrío de goce o de miedo, sencillamente, por una sola mirada.

El «cante», no el canto, es todo eso y mucho más. Vida, muerte, emoción, tortura, goce, garfio, arrullo y queja. Sencillamente, ¡CANTE!

Cante grande o cante chico, como antes se decía, ese que nace en la tierra de María Santísima, que por algo sería cuando supo elegirla como SUYA.

Al nombrar a Juanito Valderrama no es que quiera ponerlo como prototipo de la mejor modalidad del cante; sencillamente es que Valderrama nació en un pueblo de Jaén. En esta provincia que han dicho de ella alguna vez, que era la Cenicienta, como en menosprecio de sus calidades, de su arte, de su cultura, de su ideología y su soterrada gracia, como los minerales de su tierra, frente a la luminosidad de otras provincias de Andalucía, y yo, en cambio, si la veo Cenicienta es por el color peculiar de sus añosos olivos, sangre y óleo de la vida y de la muerte. Arbol que, como ningún otro en la historia del mundo, regaron las lágrimas de agonía «del más grande de los nacíos», como dice una saeta.

Al nombrar a Juanito Valderrama, repito muy claro, no es decir ni pensar que sea el mejor de España entre los infinitos «cantaos» que tiene, para dentro de nuestra provincia marcar lo popular de su cante por haber visto la luz en el Santo Reino.

Podríamos señalar muchas coplas populares que no se sabe quién las hizo, ni de dónde salieron, para, según dice el pueblo, tomarlas como «pequeños evangelios».

Tú eres ascua y yo martillo.

Vamos a forjar luceros
en la fragua del cariño.

Por ti...

he «borrao» el decir —no—
y siempre digo que —sí—.

Caricias sólo del viento.

Yo no quiero más caricias
desde que mi madre ha muerto.

El cante no tiene más escuela que la del sentimiento, de esa verdad que se conserva a través de los tiempos por vía de entrega, como el agua en la cuenca de la mano, de padres a hijos, para que no se pierda la esencia de esa sed de lo popular, de lo que se lleva dentro «porque lo quiso Dios».

Y entremos en lo que se llama «lo moderno». Aquí, ya dentro de mi catalogación, no sé si es canto lo que canta Rafael, el famoso Rafael, también nacido en nuestra provincia. No niego que sus melodías casi siempre melodiosas, de corte moderno, entre calderones y suspiros, semi-llantos y quejas, protestas y gritos; esas canciones que paseó triunfalmente (siendo andaluz y modificando su freseo hasta parecer americano del Sur) casi por el mundo entero, llenando los teatros de un abigarrado público frenético y gesticulante, como un verdadero divo de fama y alcanzando unas cotizaciones de púgil o de torero de moda, naturalmente con menos riesgo que los dos entes dichos, y a pesar de las furibundas explosiones de entusiasmo colectivo de sus admiradoras. Este Rafael, que

hasta deformó la ortografía de su patrominico, siendo tan castizo, tan español y tan andaluz, que es sentirse ciudadano del mundo, cuando ser español y decirlo es una de las cosas más serias que se pueden ser.

Rafael canta, grita, gime, se despereza, se achica, se empina; casi parece que se pueda diluir entre la serpentina de sus melodías de tinte exótico; unas veces, de tema americano, y otras negroide o indú. Arrastrando los finales o rizando el rizo de los sonidos, planeando o entrando en barrena con sus palpitantes manos, expresivas siempre, como queriendo aprisionar el aire que parece se le escapa para llevarlo sabia y misteriosamente a sus pulmones, y darles más extensión a la nota, o alargar sus pianísimos acariciantes, y temblorosos. Expongo únicamente mi opinión, que, como el viejo dicho, «ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor», y el mío es mi propio gusto y criterio, respetando siempre el criterio y el gusto de los demás.

Reconozco que la vida actual mecanizada, vibrátil, sincopada y febril, trae una música para poder darle fondo al tiempo de los actuales tiempos de los robot. los viajes a la Luna, el ultrasonido... Este vivir nuestro que parece que se masca cada día más deprisa entre las manos, y hay que aprisionar el instante, porque el pasado ya no cuenta y el porvenir ¿quién lo contará?

Pero dejemos lo popular y lo moderno, y entremos en lo clásico.

Lo clásico, que no pasará nunca porque tiene la impronta de su categoría. Y llamo clásico, por esencia de permanencia, por envergadura y tecnicidad, empaque señorial y perfección, elasticidad y equilibrio, porque ahora es la guitarra, que nos llega entre las manos de Andrés Segovia, nacido también en nuestra provincia. Andrés Segovia, ídolo en olor de multitudes jóvenes y maduras, paseó su arte como una mujer adorada y adorable por el mundo entero, «españoleando». Ya no es la guitarra-acompañamiento en los «cantaos», ni la eléctrica de las melodías modernas, es ya la guitarra SOLA. Unica, vibrante por la emoción de quien la pulsa ante la admiración constante de un público de los más dispares. La guitarra acariciada, mimada, con arañazos de rabia o zarpazos de pasión. Abrazada o en defensa en amorosa plenitud de comprensión, sus cuerdas son nervios del sentimiento, temblando, cantando, llorando, suplicando, arrullando de ternura, celos, angustia,

congoja, ¡amor! Todo eso dice la guitarra de Segovia, entre unos dedos que parecen inmatrimales, por la suavidad con que rozan sutilmente las cuerdas, para apagar el grito de «una prima» o asonantar el sollozo de un «bordón».

Andrés Segovia, catedrático del sentimiento, prócer de la música universal o intimista, cuajado de sabiduría y lleno de una potencialidad de mecanismo envidiable, va tejiendo encajes de notas y cantar de fuentes, verdadera brujería aureolada de misticismo ancestral, en el silencio de la sala (muchas veces monumental) sólo con su guitarra, para atenazar la atención casi religiosa de miles de oyentes, y sacar siempre resonancias inéditas, soñadas por viejos y modernos autores, de una simple caja de madera que recuerda vientos de bosques, de alamedas, de riberas lejanas, donde fue, antes que guitarra, arpa cólica pulsada por la brisa de todas las tierras del mundo.

Esa caja de madera pulida, espejo de sensaciones múltiples que tiene algo de inesperado encanto, de sorpresa rediviva, como la vieja y desconcertante Caja de Pandora, porque de ella salen los hilos de recuerdos que siempre evocan la música en nuestro propio sentir.

Porque la memoria auditiva nos lleva siempre de la mano por caminos idos, de aquel día feliz, de una noche trágica, de una tarde fervorosa, o del año que señaló en el corazón una fecha que sólo podrá borrar la muerte.

Ahora ya, la guitarra toma categoría de instrumento en la música clásica, en el arabesco estudiado concienzudamente, técnicamente, dentro de la palpación sentida. La guitarra marca el ritmo de unas partituras escritas por los grandes maestros, como Sor, Tárrega, Soler, Albéniz, Falla, Granados, Turina y muchos más, como ese «Concierto de Aranjuez», de Rodrigo, tan admirado, tocado y sentido. La guitarra puede interpretar música clásica, aunque acaso llegue a los públicos que comprende más lo popular. Hay en su ejecución matices infinitos, cadencias casi desconocidas, que salen de los caminos de los pentagramas para elevarse por propia inspiración del ejecutante, en el aire callado de la sala de conciertos, volando como pájaros locos o sabiamente dislocados, que no encuentran nido para descansar y se diluyen, al fin, en un acorde pianísimo o triunfal.

Andrés Segovia sabe llevar a los oyentes a un clima especialísimo, casi reverencial, uniendo voluntades, con entronques de melodías que salen de sus dedos para llegar hasta el corazón de los asistentes. La guitarra es española por derecho propio de soberanía, genuinamente española, eminentemente andaluza, y así dice de ella otra copla popular:

La guitarra canta o llora
porque también tiene alma,
que al morir se la fue dando,
beso a beso, una gitana.

Pero esa guitarra en manos de un verdadero concertista, se estiliza, se va superando para llegar al límite de la más depurada maestría. Ya no es la guitarra-fondo, es que del fondo de la guitarra nace una música con categorías características que toma aires señoriales.

Andrés Segovia, vital, generoso, incansable, con aires de viejo patriarca, o de risueño filósofo, andaluz, que conoce tanto la vida que la sabe gozar plenamente, va por los caminos de la tierra, aprisionando entre sus brazos y acariciando, con sus dedos, una catarata de armonías que, al terminar en un pianísimo o en un rasgueo magistral, arranca aplausos ensordecedores; incansable después de terminar el programa en el Teatro Real de Madrid, lleno de juventudes entusiastas que se rendían sin reservas a la maestría de Segovia. El, puesto en pie, después de tres generosas propinas, se adelantó a las candilejas como un venerable abuelo que quisiera calmar el entusiasmo desbordante de sus nietos para decir: «Seguiremos otro día... Yo no estoy cansado, pero la guitarra sí», y con una sonrisa bonachona, casi sibilina, añadió: «Para eso ella... es mujer».

Y hasta aquí mis modestas consideraciones sobre lo popular, lo moderno y lo clásico de este, desconocido para muchos, Santo Reino de Jaén.